

Los relatos de Antonio Pereira

De la poesía a la narrativa

Nicolás Miñambres

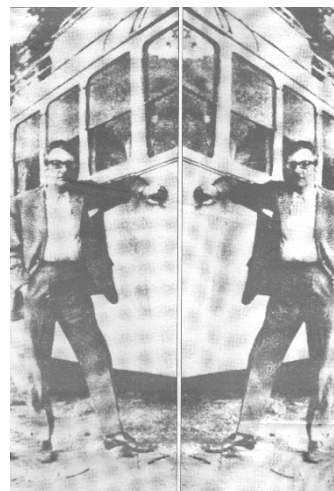
En más de una ocasión Antonio Pereira ha confesado cómo existe en su trayectoria una fase, literariamente casi imperceptible, que le lleva de la composición de poemas a la elaboración de narraciones breves. Pero los testimonios personales del autor no son los únicos documentos. Los hay específicamente literarios, como puede comprobar cualquier lector de su obra. No es el momento apropiado para llevar a cabo un rastreo profundo, pero sí el de recordar algunas curiosas coincidencias.

En su primera recopilación poética *Contar y seguir*, publicada en 1974, aparecen poemas de claro parentesco temático con relatos anteriores: El poema “los compañeros” es una visión lírica de los mismos personajes provincianos que después retratará en “La Crápula”, si bien el lirismo de los versos puede hacerlo diferente. El tren, tema frecuente en la obra literaria de Pereira, es objeto de tratamiento lírico en el poema “El pequeño tren” y en el titulado “Mientras viene el trenillo”. Un poema se inicia con el verso “En la ciudad N.” Y un último dato de estas cadencias narrativas: el mundo de las tiendas, y concretamente el de las ferreterías aparece en “Canto a las herramientas de la ferretería” y en los comercios provincianos, tan queridos para Antonio Pereira. Baste recordar la bella evocación del encuentro con Jorge Luis Borges, momento en que éste le cuenta cómo en Argentina “había costumbre de pintar el exterior de las ferreterías con unos colores determinados,

Podrían recordarse otras recurrencias temáticas (“La fiesta en Moscú”, “Homenaje a Picasso”, el recuerdo de su maestro llamado Manolo Santín, que dará título a uno de los cuentos...), pero las apuntadas pueden ser suficientes.

TRAYECTORIA LITERARIA

Lo primero que llama la atención en la narrativa de Pereira es su sentido humanístico y la comprobación de que este sentido de la filantropía literaria, es reflejo de una actitud personal. Por ello, como han señalado algunos críticos, muchos de los relatos breves de Pereira no han alcanzado la categoría de esperpentos. Han quedado suavizados por el sentido de la delicadeza, de la ironía, del sentido poético que preside siempre la vida y la obra del autor.

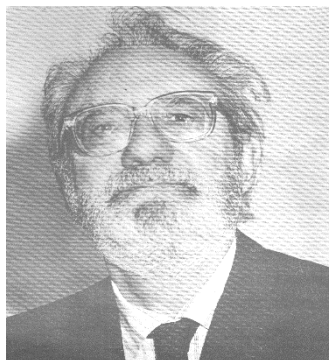


Pereira ha afirmado en ocasiones diversas que lo provinciano, lo cotidiano, lo humilde de las cosas y de los personajes es para él germen literario frecuente. Este proceso de hallazgo temático se ha mantenido a lo largo de su obra con la constancia suficiente para considerarlo como un sustrato creativo, en constante evolución. Una lectura de su obra ofrece conclusiones que lo confirmen.

Sus cuentos se inician con una visión delicada del mundo rural contemplado a través de “Una ventana a la carretera” e “Historias veniales de amor”. Es cierto que la segunda obra aparece con casi una docena de años de intervalo y que en ese tiempo Pereira ha escrito una ambiciosa colección de relatos, “El ingeniero Balboa y otras historias civiles”. A pesar de todo conviene recordar algo ya apuntado: el autor mantiene un especial interés por la primera obra y el mundo en ella descrito, hasta el extremo de reproducir todos los relatos, excepto “No hay burlas con el honor”, en la segunda recopilación, “Historias veniales de amor”. Estos últimos relatos presentan un indudable progreso, superan la visión demasiado lineal de los del primer libro, meras semblanzas o visiones costumbristas con frecuencia, y pasan a ser narraciones de mayor consistencia literaria.

Hasta llegar a los últimos frutos narrativos, Pereira ha llevado a cabo una experiencia literaria que, desde el punto de vista de la complejidad creativa, alcanza, por el momento, la cima. Se trata de “El Ingeniero Balboa y otras historias civiles”, obra muy distinta de las anteriores y de las que escribirá en su última etapa. Distinta en cuanto a la extensión (la componen cuatro largas narraciones), distinta en cuanto a la técnica (se trata de relatos de extremada complejidad si se compara con el resto de la obra del autor) y distinta en cuanto a la temática. Los mundos descritos, así como los personajes, poco tienen que ver con los que a los lectores tiene acostumbrados el autor. Esta complejidad no supone juicios negativos respecto a los relatos. El que da título al libro se halla sin duda entre los mejores del escritor berciano.

Media docena de años (y la aparición de “Reseñas y confidencias”) pasarán hasta que llegue la publicación de dos nuevos libros, que presentan novedades narrativas



respecto a los anteriores y afinidades entre sí. Esto permite considerarlos como fruto de una nueva etapa. “Los brazos de la i griega” (1982) y “El síndrome de Estocolmo” (1988) ofrecen nuevos escenarios, temas y personajes. Pereira empieza a convertir en Literatura sus numerosos viajes y en metaliteratura tipos e individuos relacionados con lo literario, como son Borges, Truman Capote, Ledo Ivo, por citar a los más populares. Hay como un despegue del mundo provinciano que tantas veces ha descrito y del que ya ha escapado

literariamente alguna vez. Sin embargo, su fidelidad a lo provinciano sigue viva. Varios cuentos se hacen eco de ello. Baste citar “Los brazos de la i griega”, “Obdulia, un cuento cruel”, (en el que se repiten los personajes y el escenario del mundo de la infancia berciano del autor), o “Casa de niñas en Acapulco”.

Aun con el riesgo que supone cualquier tipificación, puede afirmarse que la narrativa de Pereira se articula en torno a tres perspectivas que se corresponden con otras tantas referencias cronológicas y ciertas actitudes humanas. En cuanto a la perspectiva temporal se observa una estructura bastante clara: un paso en el que el autor contempla a sus personajes, pero no participa de sus avatares. Los resultados literarios se traducen con frecuencia en retratos que tienen mucho que ver con el apunte carpetovetónico creado por Cela; sin embargo, la diferencia es clara: Pereira observa con una delicadeza especial, como ha confesado: «Mi ironía es una ironía aliñada de ternura».

La segunda perspectiva surge desde el presente autobiográfico, con el autor entrando a formar parte del mundo y de los personajes que describe. La tercera perspectiva, se sitúa en el presente también, de vivencia inmediata, pero con la perspectiva de un futuro literario que desarrollará en nuevos relatos.

Las actitudes humanas pueden resultar anecdóticas, pero conviene tenerlas en cuenta. Pereira ha confesado cómo su condición de miope le llevó a convertirse en un niño retraído que hallaba refugio en la lectura y en la imprenta de su tío, desde donde contemplaba la vida, ya que vivirla le resultaba bastante difícil. El tiempo traerá nuevos descubrimientos; su condición de viajante y de viajero hará brotar un material literario sugestivo. Como viajante, se transforma en la creación de mundos provincianos. Como viajero en el hallazgo de una temática cosmopolita, ambientada en escenarios lejanos para los lectores, pero acercados magistralmente por el narrador.

PROCEDIMIENTOS NARRATIVOS

La crítica (sobre todo el recientemente fallecido Ricardo Gullón y Santos Alonso, los mejores conocedores de la narrativa de Pereira) ha insistido, en la ironía, la sencillez, el humor, la sorpresa... como elementos básicos. No se equivocan en ello. Muchos de estos relatos han sido caracterizados incluso como muestras de erotismo diocesano. Todo ello es cierto, sin duda alguna.

Pereira lo ha confesado también “Lo que más siento de la literatura es lo que está más cerca de la simplicidad”. Así se lo había confesado en tierras de Ardón, al ínclito Sabino Ordás, el personaje más literario de los que ha dado esta tierra leonesa: “Reconozco que en mi narrativa tiendo a la síntesis (...). El gusto por la palabra, la afición a lucrarme de toda capacidad sugeridora y significante... Todo esto, compréndame, conduce a una expresión económica”

Esta honestidad personal ha cristalizado en una sencillez estilística, en relatos sin complejidad aparente, con gran valor sugeridor, hasta el extremo de que muchos de los cuentos desembocan en un fragmento lírico semejante a los romances. Pereira sólo se atrevió a alterar esta sencillez en “El ingeniero Balboa y otras historias civiles”. En esta obra, la complejidad creativa alcanza cotas irrepetibles hasta el momento. Además, hay que recordar que en los libros posteriores no ha retornado a este planteamiento narrativo.



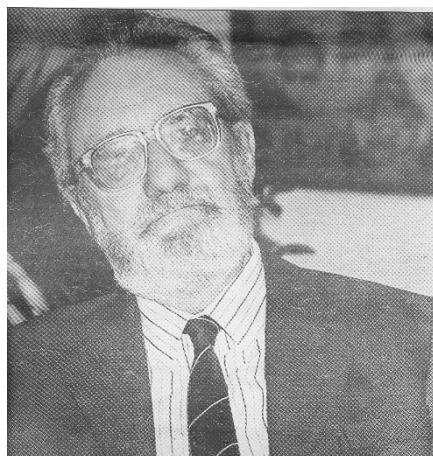
Pero esta sencillez no debe confundir a los lectores. Detrás del narrador aparentemente autobiográfico, como señala Ricardo Gullón, se esconde un autor lejano, que contempla el ir y venir de los personajes con el distanciamiento necesario para convertir la posible experiencia personal en muestra literaria.

Una de las mayores novedades estilísticas de las últimas obras es el aprovechamiento de la literatura misma como tema, lo que se podría denominar la rentabilización de lo metaliterario: Escritores (como ya ha quedado apuntado), textos (como los versos de Crémer o Garciasol en “Palabras para una rusa.”), cartas de emisores desconocidos (como “El pozo encerrado”) sirven como material que Pereira aprovecha con gran originalidad. El modelo más preciso puede constituirlo “El ingeniero Balboa”, en el que el protagonista (teórico alter ego del propio autor) vive un problema de afianzamiento juvenil, tanto en lo literario como en lo amoroso.

CUENTOS PARA LECTORES CÓMPLICES (EL LECTOR YA ME ENTIENDE...)

Tal vez la suposición del narrador sea demasiado Optimista. Hay que saber si los lectores le entienden el Sentido de «cómplices». Exceptuando entregas de última hora, “Cuentos para lectores cómplices” constituye la última novedad de Antonio Pereira, escritor celoso de su obra y aficionado a ofrecer recopilaciones panorámicas de ella. Lo que hizo con la “Antología de la seda y el hierro” para la poesía, lo hace con esta recopilación para la narrativa.

El libro aparece con presentación muy cuidada, editado por una firma comercial prestigiosa y prologado por un afamado crítico, como es Ricardo Gullón. El lector debe dejarse sorprender por un título tan sugestivo, pero no debe dejarse vencer por la sorpresa. Debe buscar el significado de cómplices, ver qué le corresponde a él, aunque el autor dé por supuesto el cometido que debe llevar a cabo.



Pereira busca el lector activo, que colabora en la lectura completa que toda obra exige. En tono menos comprometido, pero en la misma línea, Pereira busca lectores al estilo de Unamuno, que no se conforma con la obra acabada. Esa complicidad, por otra parte, ha de ser panorámica y conocedora del mundo del narrador, aceptando que la selección es representativa de todo lo escrito, hasta el extremo de comprender la ausencia de relatos de “El síndrome de Estocolmo”, publicado un año antes. Si se habla de lo que falta, habrá que hablar también de lo que se ofrece. Aparecen los relatos de “El ingeniero Balboa...” y “Los brazos de la i griega” en su

totalidad. La selección que corresponde a los dos primeros libros no se agrupa bajo el título de ninguno de ellos, sino con el de uno de los relatos que componen “El hilo de la cometa”. El carácter “reunidor” de la obra, y concretamente la parte citada en último lugar, no puede ser arbitrario. ¿Hemos de creer a su autor cuando confiesa que estos cuatro relatos de “El hilo de la cometa” son tan sólo una «bisagra literaria»? Puede ser, pero algún impulso secreto debe haber orientado la selección. Habremos de pensar que esa arbitraria selección parece más bien intensamente motivada. Los cuatro relatos son una muestra perfecta de las primeras narraciones y de la temática que late en ellas.

No es difícil comprobarlo. El mundo de las tiendas humildes, de las ferreterías, por las que Pereira siente una especial debilidad, queda reflejado en “Souvenirs”. Los trabajos insignificantes, poco apreciados, con los que Pereira se identifica reciben su homenaje literario en “Beltrán, primera especial”. El mundo berciano, junto con el

recuerdo de la guerra, da lugar al bello relato “Mientras viene el trenillo”. Pero no se acaba el mundo literario en estos dulces valles bercianos. Pereira viaja y amplía su mundo, como viajero y como narrador. Por ellos “El hilo de la cometa” es un buen anticipo de lo que va a ser el mundo en próximas publicaciones.

PICASSOS EN EL DESVAN, UNA ESPECIE DE RECAPITULACION CREATIVA

El último tomo de relatos, aparte de mostrar un ritmo creativo de gran dinamismo, viene a confirmar que Pereira se ha decidido por el relato breve, con un interés por este género muy superior al que muestra por el de la poesía.

Llama la atención el que Picassos en el desván agrupe una serie de relatos que retornan al mundo provinciano, que Pereira parecía haber superado, sobre todo después del cosmopolitismo apuntado en “El síndrome de Estocolmo”. Pero no puede verse en esta afirmación tono negativo. La creación literaria sigue su cauce de evolución y de progreso estético. De nuevo se incide en el mundo más querido por el novelista, pero se hace buscando la originalidad que sólo el esfuerzo creativo y la dedicación constante alcanzan. De esta forma, el libro redondea por el momento el mundo literario de Pereira, haciendo una especie de balance o de recapitulación narrativa, con un tratamiento más denso y sutil de situaciones y personajes ya apuntados en otras narraciones.

Lo primero que se observa es el adelgazamiento estilístico que el autor ha logrado en su estilo. Se trata de relatos muy concisos en la mayoría de los casos. Algunos de ellos tienen sólo valor de evocación lírica, que el «lector cómplice» debe completar con su lectura activa y ha de convertir en origen de vivencias personales. De entre todos ellos (por lo que tienen de símbolo de actitud personal y creativa) sobresalen “Picassos en el desván” y “El narrador inocente”. El primero es una especie de lamentación creativa, de queja contra ese escritor que, lejos de su tierra, lee una noticia de esa misma tierra, que sirve de excelente argumento literario. El segundo, articulado con la reproducción de uno de los primeros relatos del propio escritor, será un documento de la nostalgia infinita que siente por esa infancia o juventud que el inexorable paso del tiempo ha hecho tan lejana. Imposible de recuperar, el milagro de la literatura, tal vez la única inmutable y posiblemente apta para recuperar el tiempo definitivamente perdido. Por ello también el final de “El narrador inocente” puede ser el mejor colofón para estas líneas:

“El final importa poco -decidió el consagrado-. Por una inocencia así daría mi última novela”